

## VIRGEN GLORIOSA

Segunda mitad del siglo XIV

Marfil

8 x 5 cm.

Procedencia desconocida

Nº de Inv. 380

Según consta en el Libro de Actas de la Comisión de Monumentos, siendo presidente de la misma don Marcelo Macías, se hace entrega por parte de don Manuel Castro, profesor del Seminario, el 10 de enero de 1904 de una tabla fina de marfil que formó parte de un díptico representando a la Virgen con el Niño Jesús y dos figuras a los lados, bajo preciosas arcadas ojivales. La pieza a la que se hace referencia y que hoy presentamos, carece de otros datos documentales que puedan contribuir a su estudio, salvo que poco después pasa a formar parte de la colección estable del Museo, siendo incluida desde el primer momento en la sección de eboraria de la colección de objetos medievales de origen francés.

Se trata de una pequeña placa de marfil de color blanco brillante en el anverso y amarillento, por la acción de la luz y la temperatura, en el reverso, en la que está representada la Virgen gloriosa con el Niño. La escena se desarrolla dentro de un espacio sacro con todos los elementos que caracterizan a la arquitectura gótica. La Virgen, amparada por dos acólitos que portan cálices, a modo de parteluz, divide la escena como en las portadas góticas; un friso de doble arcada ojival con decoración de gabletes, *crochets* y pequeños pináculos cobija las imágenes como si de una catedral gótica se tratase. Bajo esta, completando la escena, dos ángeles turiferarios perfuman con incienso el espacio sacro.

La figura de María, pese a sus reducidas dimensiones, nos muestra toda su humanidad, como una madre real e íntima sonríe al Niño mientras inclina la cabeza para que este, como si de un niño se tratase, juguetea con sus cabellos. No sólo es humana su actitud sino que su cuerpo se cimbría ligeramente de forma femenina y deja caer el manto en elegantes pliegues que recoge sobre su brazo izquierdo, por debajo del Niño.

La escena está enmarcada por un pequeño listón liso, conservando en uno de sus lados los agujeros de dos fallebas, la inferior parcialmente rota, signo inequívoco de su condición de hoja de un díptico.

Este tipo de placas, muy abundantes entre los siglos XIII y XIV, son consecuencia de los cambios sociales y económicos de la Europa de la alta Edad Media. Paulatinamente, y a medida que avanza el siglo XIII, ya consolidados los valores creativos de la escultura monumental gótica, asistimos al auge de un arte de pequeñas dimensiones, lujosa, delicada, producto de una nueva mentalidad.

A finales del siglo XIV, Europa se hará inexorablemente urbana, dejará de ser la Europa de los castillos, para convertirse en la de los palacios. Nobles cada vez más cultos y urbanos, junto a una floreciente burguesía de banqueros y ricos comerciantes demandarán piezas de pequeño formato, cada vez más refinadas para ornato de sus salones y capillas. Son piezas en bulto redondo o en relieve, realizadas en materiales de calidad: oro, plata y sobre todo marfil, que estaban destinadas a ser colocadas en oratorios privados para un culto más íntimo y humano. Es verdad que estas pequeñas tallas de marfil no tendrán la trascendencia creadora de la eboraria románica, ni su importancia iconográfica, pero su fácil transporte hizo de ellas excelentes transmisores de los modelos creados por la escultura monumental, difundiendo sus creaciones desde Francia e Italia por toda Europa, y contribuyendo en numerosas ocasiones, a la internacionalización del arte.

Hasta fechas recientes, la mayoría de estas obras, excepto aquellas que tuviesen unas características claramente hispanas, fueron siempre consideradas de origen francés. Contribuyó a esto tanto la escasa atención mostrada por los estudiosos de la historia del arte hacia la eboraria gótica en España (exceptuando los trabajos de Margarita Estella), como la publicación de la magnífica obra de Raymon Kloechin sobre eboraria gótica francesa, considerada durante mucho tiempo una obra cerrada. En ella se hace un estudio por talleres, tipos y épocas, definiendo sus características estilísticas y elaborando un inventario de las piezas conocidas hasta ese momento.

Segundo este autor, en España, los relieves de la primera época son escasos aunque de excelente calidad, destacando el díptico del Convento del Escorial. Adscrito al maestro francés de los dípticos de la “decoración con rosas”. En él están representadas escenas de la vida de Jesús, su Pasión y Resurrección. Algunas de las características de estas piezas podrían indicar que fueron obra de autores españoles, más o menos influenciados por maestros franceses.

Otro grupo, este más abundante, es el que el mismo autor clasifica como dípticos de la Pasión. Taller que trabaja a mediados del siglo XIV con renovados planteamientos estéticos y numerosas variantes. El díptico de la Pasión conservado en la catedral de Oviedo es una magnífica obra de este taller.

Interesante también, para el estudio de la eboraria hispana, es un curioso tríptico con escenas de la infancia de Cristo y exaltación de los Reyes Magos, que se conserva en el Museo de Valencia de Don Juan, considerado por algunos autores como pieza italiana o quizás de origen español.

Merecen un capítulo específico en la obra de Kloechin una serie de placas con escenas sencillas bajo arquerías simples o complejas, realizadas en Francia y distribuidas por toda Europa, clasificándolas según la complejidad de sus arquitecturas, siendo las más modernas aquellas que presentan arquerías más complejas.

Por todo lo expuesto con anterioridad, y pese el miedo a lo “falso”-en el siglo XIX se hacen multitud de copias imitando estos modelos-, por la categoría de las personas que tuvieron la oportunidad de estudiarla, por la fecha de su ingreso, y a la espera de un estudio más profundo, creemos que es una pieza original de mediados del siglo XIV, adscrita al taller de los dípticos que Kloechin define como de arquitecturas complejas.

El marfil, por su blancura, su gran duración, la finura de su grano, ser susceptible de pulido y por la facilidad con que se trabaja, fue utilizado desde la Prehistoria en numerosas artes y ornamentos. La mayor parte del

marfil empleado en la Edad Media procedía de Siberia. Se usó además el de Costa de él Marfil y Madagascar que se traía por el Mediterráneo a través del puerto de Alejandría. Cuando este escaseaba o era muy caro se sustituía por hueso; se empleaba el fémur de vaca o de otros animales de gran tamaño aunque sus características son notoriamente inferiores a las del marfil: es menos blanco, de grano más grueso y de menor tamaño. Hoy en día estamos acostumbrados a ver el marfil en su color pero durante mucho tiempo la práctica habitual era dorarlo o policromarlo, lo que requería una larga preparación con el objeto de favorecer la dilatación de los poros a fin de que los colorantes se adhiriesen.

Para tallar el marfil, primero se hacen unas tablillas del tamaño que se desea, luego se cubren con una capa de greda en la que se dibujan con un plomo las imágenes que se quieren reproducir, después se marcan estos rasgos con una aguja de grabador a fin de que sean visibles; una vez hecha esta operación se excavan los campos libres según la profundidad que se requiera. Previamente para trabajarlo con más facilidad se puede ablandar con vapor de agua, en soluciones de ácido fosfórico puro y también se logran buenos resultados con infusiones de vinagre fuerte.